

LA CIUDAD EN PROCESO.

Las ciudades nunca terminan de construirse porque, como sugiere Italo Calvino en *Las ciudades invisibles*, no son únicamente un conjunto de edificaciones o infraestructuras, sino un tejido inagotable de memorias, deseos y significados en permanente transformación. Cada ciudad es el resultado de intercambios no solo materiales, sino también simbólicos: de palabras, recuerdos y experiencias que se renuevan constantemente. Por ello, su construcción no es un proceso cerrado, sino una condición continua, atravesada por las crisis, los sueños y las tensiones de quienes la habitan. Incluso en medio de lo que parece ruina o deterioro, persisten fragmentos de ciudad posible “lo que no es infierno” que deben ser reconocidos, preservados y ampliados. Así, la ciudad nunca se completa porque siempre está siendo reinterpretada, reconstruida y reimaginada desde la vida misma que la sostiene.

Hablar de una Bogotá en construcción es preguntarse cómo se puede representar una ciudad que nunca termina de hacerse, no se trata únicamente de observar sus calles en obra, edificios nuevos y sus transformaciones urbanas, sino se trata de reconocerla como una ciudad viva, cambiante y llena de capas, que se modifica con el paso del tiempo en sus formas, colores, ritmos y maneras de ser habitada. Todo cambio en el horizonte urbano trae consigo movimiento, donde algo se construye, algo se transforma, aparecen nuevas formas de circular, nuevos lugares de encuentro, nuevas miradas sobre el territorio y también nuevas preguntas sobre aquello que permanece. Así pues, Bogotá se revela como una ciudad atravesada por tensiones entre la memoria y el avance, entre lo que desaparece y lo que nace.

Esta ciudad no solo se construye con cemento, vidrio y metal también con cultura, arte memoria y experiencia colectiva. La ciudad se levanta en sus barrios, sus plazas, parques, obras públicas, en sus escenarios culturales, en sus bibliotecas, ferias y en esos encuentros con los vecinos; pero, sobre todo, en la mirada de quienes la recorren, la dibujan, la pintan, la narran y la transforman. En el arte, construir también significa interpretar, cada creador tiene la posibilidad de mirar la ciudad más allá de lo evidente y descubrir belleza en una fachada desgastada, en una calle intervenida, en un muro lleno de color, en una plaza habitada, en un gesto cotidiano o en un rostro que guarda la historia de un barrio.

Crear una obra sobre esta ciudad implica reconocer que Bogotá está hecha de múltiples tiempos. Está la ciudad que fue guardada en la memoria de sus casas antiguas, de sus oficios, en sus iglesias, de sus parques y de sus memorias barriales; está la ciudad presente

que está marcada por el movimiento, el ruido, el tránsito, la diversidad y la vida cotidiana; y está la ciudad que imaginamos, la ciudad posible, aquella que todavía no existe del todo, pero que empieza a aparecer en los sueños, los proyectos y las imágenes que construimos sobre ella.

Para los artistas del espacio público, esta invitación propone mirar a Bogotá como una obra colectiva, viva e inacabada. Una ciudad imperfecta, diversa, intensa y profundamente creativa, que se pinta todos los días con el movimiento de su gente, con sus luces, sus sombras, sus cielos cambiantes y sus sonidos. En esa construcción, el arte actúa como un puente que une memorias, territorios y miradas; como un adhesivo simbólico que cohesiona las partes de una ciudad en transformación.

Desde esta perspectiva, la obra puede convertirse en una forma de preguntarse: ¿qué Bogotá hemos heredado?, ¿qué Bogotá estamos viviendo?, ¿qué Bogotá imaginamos para el futuro? Porque pintar la Bogotá en construcción es también participar en su transformación cultural, aportando una mirada propia a esa ciudad inmensa, contradictoria y esperanzadora que sigue encontrando en el arte una manera de pensarse, narrarse y seguir construyéndose.